

LA MADRE DE FAMILIA.

BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

DICIEMBRE N.º 60 GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V. 1879.

Se publicaran ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzgamos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

Sumario.

Calvario y Redencion, Cartas de tres hermanos, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—A las Campanas, poesía, por F. C.—Maria, por E. B.—La Gallina y sus polluelos, por Micaela de Silva.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

Elia a Maria.

Mi pluma vacila al escribir esta carta, pues no sé por donde empezar, mi dulce y santa Maria, a referirte tantos sucesos como han pasado ante mis ojos en estos dias trascurridos.

Mi primera palabra sin embargo será para lamentar tu ausencia, pues solo tú has faltado entre nosotros para completar nuestra ventura.

Porque te amamos todos de tal modo ¡eras tú tanto para estos tres corazones que te consagran desde aquí sus latidos, que al faltarte tu presencia, se sentian oprimidos y parecia que un velo de tristeza nos rodeaba a todos, careciendo de

tu amor, careciendo de tus cuidados tan dulces, tan afectuosos, tan previsores siempre!

Fabian parece mas entristecido que ninguno cuando habla de tí, y hasta, quizá me equivoque, pero he creido sorprender humedecidos sus ojos, cuando le pregunto con insistencia como estarás.

Tu dices sin embargo que eres feliz! Tu dices en tu carta que has logrado la mayor ventura a que podías aspirar; que has cumplido el anhelo mas ardiente de tu alma uniéndote a Dios: yo lo creo así, hermana mia, y esto me consuela de tu ausencia: pero soy una pobre mortal, y no comprendo esas felicidades supremas de que me hablas, y que sin duda tu solo puedes sentir, porque eres un ángel, superior en mucho a nosotros!

Te doy la razon en lo que dices; si: es verdad; tu has escogido la parte mejor. El esposo a que has ligado tu alma, la dicha que esperas recibir de él, es mayor y mas duradera y mas hermosa que todas las felicidades de la tierra; sin embargo, yo sería muy venturosa con verte aquí a nuestro lado.

Angelina, la nueva hija que Fabian ha traído a nuestra madre, la nueva hermana que me ha dado a mí, es una niña bellísima como una flor, y buena é inocente como el niño que duerme en el regazo de su madre. Su ingénua ternura se divide por igual es partes entre nosotras que la amamos mucho tambien, y parece como que su

corazon se torna mas expansivo á cada palabra de afecto que escucha de nuestra boca.

Cuando nuestra madre la llama «hija mia» su hermoso semblante se ilumina con una alegría celestial y parece que un sentimiento de sublime gratitud se refleja á la par en él.

Ahora voy á hablarte de mí, de mi union con Gustavo, con Gustavo que es rico como antes, que como antes posee un título, y que me ha elegido á mí, creyéndome pobre y oscura, para compartir su suerte.

Te extrañará todo esto, ¿es verdad? ¡Oh! pues él me lo ha explicado muy facilmente: queria probar mi afecto, queria estar cierto de que yo le amaba por sí mismo, y que de igual modo le hubiera querido, siendo modesto y lleno de privaciones el porvenir que me ofrecia.

¡Oh! tu sabes, hermana mia, si esto es verdad. Tú que has visto crecer y desarrollarse en mi corazon esta pasion que me ha puesto á las puertas del sepulcro, sabes si es verdadera, sabes si es desinteresada.

Ya te dije en mi anterior que él se habia encargado de la canastilla de boda. Pero sin yo adivinar la causa, esos presentes de su mano no debian llegar sino el dia mismo de nuestro enlace.

Tambien esperabamos á Fabian para ese momento, y nuestra madre habia preparado esta casa para la doble festividad que debiamos celebrar en ella, todo lo mejor que nos habia sido posible. A falta de riquezas habiamos acumulado en ella las flores, y las habia por todas partes tantas y con tal profusion, que se asemejaba á un nido perfumado, adornado por la mano de algun Hada misteriosa.

Cuando nuestros hermanos llegaron, experimentaron una sorpresa tan agradable que se manifestó en sus semblantes: es que aquí les aguardaba el cariño de nuestras almas, y el amor y las flores son las dos cosas mas delicadas y bellas que pueden adornar la senda de la vida.

Gustavo vino á presentarse á Fabian que le recibió como á un hermano querido, y mientras ellos se estrechaban la mano, Angelina y yo nos colmabamos de caricias en los brazos de nuestra madre.

Por fin llegó la hora tan suprema para mí; los testigos y el anciano párroco nos esperaban ya. Entonces Gustavo tomando mi mano me condujo al tocador que el mismo habia mandado adornar y me hizo entrar seguida de Angelina y de nuestra madre.

Te confieso, hermana mia, que quedé admirada y llena de asombro al ver la multitud de galas y de magníficas joyas que habia allí. ¡Oh! todo aquello era digno de una reina!

Gustavo sonreia al ver mi asombro y yo en medio de mi aturdimiento le pregunté con sencillez.

—Dios mio! pero para quien es todo esto?

—Ese es el primer presente que te hago, Elia mia, me respondió él con amoroso acento.

—Pero!... ¿para qué quiero yo galas tan costosas?

—¡Oh! para estar bella, bella para mí!

—Mas nosotros...

—Nosotros somos ricos, amada mia, y la Baronesa de Peñafiel debe hacer desde hoy honor á su nuevo título.

Quedé mas absorta aun, pero él, gozándose en mi sorpresa y sin dejarme lugar á reponerme de ella,

—Vamos, me dijo, apresura tu tocado puesto que ya sabes que nos aguarda la felicidad, y á la dicha no debemos hacerla esperar jamás.

Nos dejó solas y yo empezó á vestirme mi traje nupcial.

Cuando concluí, Angelina me llevó ante un gran espejo, y al fijar mis ojos en él, te confieso, Maria, que sentí un momento de viva alegría. ¡Oh! no era la vanidad de la muger frívola y orgullosa lo que hacia latir mi corazon de aquel modo: era el placer puro de la muger que ama, y quiere ser hermosa para el hombre amado.

Salimos del tocador y nos dirijimos á nuestro pequeño salon donde todos nos aguardaban ya.

Los contratos estaban estendidos y solo faltaban los nombres. Gustavo me condujo junto á la mesa, y puso el suyo el primero: despues me ofreció la pluma, y yo estampé la firma que me hacia suya para siempre.

Cuando fué conocido de todos su título y el estado de su fortuna, Fabian se adelantó noblemente, orgulloso, quizá por la primera vez de su vida, de su clase y de su rango, que le permitia pagar con una generosidad igual por su parte, la generosidad que Gustavo habia usado para conmigo.

Entonces, y en presencia de todos los que nos rodeaban levantó el velo en que habia estado envuelto nuestro pasado y declaró solemnemente el título de nuestro padre que quedaba rehabilitado y en todo su brillo y esplendor.

En aquel momento supe que habiamos recobrado nuestra fortuna, y dulces lágrimas de alegría inundaron el semblante de nuestra madre al ver asegurado el porvenir de sus hijos.

Llorando aun y llena de fe, bendijo á Dios por los medios ocultos de que se habia valido para hacer brillar su justicia, y para purificar y regenerar el alma del hombre que tantos males nos habia causado.

—Bendito sea su poder, bendita su misericordia, dijo con voz solemne y conmovida, estendiéndola mano á Fabian, por que siempre recompensa á los buenos hijos! Oh! Fabian mio, tú olvidando tu rango y tu clase, fuiste á buscar en un modesto destino el sustento de tu madre, y Dios ha querido que encuentres en él la fortuna y la felicidad.

El iba á contestar, pero el anciano párroco le interrumpió á su vez diciendo con grave acento.

—Sí, bendigamos la mano del Señor que en todo muestra su justicia: en la elevacion de los humildes é inocentes, y en el castigo de los culpados. Lea V. añadió presentando un periódico á Fabian.

—Dios mio! exclamó este, despues de pasar la vista por algunos renglones allí estampados.

—Que es eso? preguntamos todos alarmados.

—Castell, que huía de Inglaterra, que temiendo acaso mi venganza iba con sus riquezas á buscar un refugio ignorado, ha naufragado en el estrecho de Calais, sin que haya podido salvarse una sola persona en el buque que le conducia. Mirad, aquí está el nombre del bergantin sumergido y el de los pasajeros que conducia.

Aquella noticia nos conmovió á todos, y olvidando sus culpas elevamos al cielo una plegaria implorando el perdon de aquel hombre tan criminal.

Despues dejamos de ocuparnos de aquel suceso para entregarnos á la felicidad que cada cual experimentaba.

Entre todas las enhorabuenas que recibí ninguna tan entusiasta, ninguna tan sincera como la del anciano Rafael.

¡Oh! está loco de júbilo.

Contempla á Gustavo feliz, y mirándome á cada instante con respetuosa ternura.

—Ve V. señorita, me dice, vé V. como mis pronósticos se han cumplido. Ya puedo morir tranquilo, pues mi señorito está libre de perderse en el torbellino del mundo, ó de poner fin á sus dias: porque este es el término de las almas sin fé, y si él no hubiera hallado en su camino á un ángel como V. la habria perdido para siempre. Desde ahora será feliz porque creará en la virtud y creará en Dios!

¡Oh! El haga que los pronósticos de este anciano se cumplan, y que ni una sombra lijera oscurezca la paz que empezamos á gustar.

Creo que permaneceremos mucho tiempo en esta casa, que Fabian y Gustavo quieren ensanchar, tornándola en una hermosa quinta de recreo.

Aquí viviremos cuatro hijos consagrados á

embellecer los últimos dias de una madre, y gozando de una dicha pura y apacible, lejos del torbellino de la vida.

Adios, hermana mia, adios: juzgo que jamás la desgracia volverá á rozarnos con sus alas, porque tú eres un ángel, y desde la morada que has elejido, no cesarás de rogar al cielo por nosotros.

Hazlo así, y viviremos unidas en tus plegarias ya que no podemos vivir junto á tí.

Elia.

(Continuad.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Á LAS CAMPANAS.

Seguid, voces del cielo,
seguid llenando el viento de armonía
con vuestro son de duelo;
ya de la sombra el velo
mancha y envuelve el resplandor del dia.

Ya de la selva umbrosa
no encantan la extension los ruiseñores;
ni el agua bulliciosa
se desata abundosa,
chispas de luz brotando y de colores,

Las nubes sonrosadas
visten del sol la portentosa frente;
sobre él atropelladas,
poblando van calladas
su alcazar soberano de occidente.

Manso murmura el rio;
dulce susurra el perfumado viento;
duerme el campo sombrío;
todo es calma el vacío;
todo asombro y pavor el pensamiento.

Seguid con vuestros sonos;
seguid, y entusiasmad mi fantasía;
callaré mis canciones
y, rotas sus prisiones,
daré campo y soláz al alma mia.

Seguid, voces del cielo;
habladme de esperanza y de ventura

con vuestro son de duelo;
entre el nocturno velo
halagad de mi alma la tristura.

De la ciudad me alejo
por escuchar no más vuestra armonía;
y, al último reflejo
del sol poniente, dejo
remontarse hasta vos mi fantasía.

Os oigo en el altura,
y el mortal corazón se me estremece;
me siento en la llanura,
y con honda pavora
vuestro sublime son se desvanece...

Mucho decís al alma,
mucho el alma os comprende, voces mías!..
¡Oh, si en tan dulce calma
se adormeciese el alma
hasta el postrer momento de mis días!

¡Oh, deleitables sonos!
seguid poblando con tan ronco ruido
del viento las regiones;
callaré mis canciones,
y de mis penas ahogaré el gemido.

¡Oh, que el dolor oprime
del pecho vate el congojado pecho!
¡Ay! del que ansioso gime
mientras, do el paso imprime,
se abre un abismo á su descanso lecho!

¡Ay del que aislado llora
alzando, en su pesar, tristes cantares,
sin que, al brillar la aurora,
su luz consoladora
disipe, con la sombra, sus pesares!

¡Ay del que así suspira!
¡Ay del que, treguas demandando al cielo,
en soledad delirará!
Él las tinieblas mira...
¡y es mas profundo su incesante duelo!

Sonad, sonad, campanas;
adormeced con vuestro son mis penas;
huyan al sol livianas
cual las ráfagas vanas,
cual las del río azul ondas serenas.

Cuando en el alto cielo
fijo los ojos, y asombrado escucho
vuestro clamor de duelo,
un singular consuelo,
templa el afán con que en el alma lucho.

Cuando la limpia aurora
por los aires se tiende y desparrama
con vuestra voz sonora,
no el mal que me devora
su eco inmortal sobrepujando clama.

Cuando á la mar descende,
el ancho sol por los espacios rojos
que con su lumbré enciende,
vuestro son ronco hiende...
y óyele y tiembla el corazón de hinojos.

El alma se levanta
en alas de su ardor sobre los vientos
y hasta Dios se adelanta,
y ni su faz le espanta
ni le espantan los grandes firmamentos!...

Sonad, campanas mías;
sonad, yo os quiero oír, sonad, campanas;
con vuestro acento, pías
huirán estas sombrías
penas que el corazón rompen insanas.

Seguid, sacros acentos;
henchidme de esperanza y de ventura;
ensordeced los vientos...
y ellos alcen violentos
la noche pertinaz de mi amargura!

Oid, hombres de tierra!
gente sin corazón! almas mundanas!
la noche en torno cierra
al rudo son que aterra
de torrentes, de vientos y campanas.

Dios canta en el altura
con la voz de los roncós vendavales;
doblad la frente impura
que ya, en monte y llanura,
resuenas sus acentos inmortales!

F. C.

MARIA.

(CONCLUSION.)

—Señora, dijo el príncipe, que pareció tomar de pronto una resolución, es un consejo que quiero pedirlos.

—Un consejo, señor, ¿un consejo de mí? replicó María sonriéndose.

—Sentaos y escuchadme. Hay en una ciudad de Francia, no importa cual, una muger de origen ilustre; remontémonos mas alto, de origen real quizás.... Esta muger es la esposa de un mercader, y se ha casado ignorando su ilustre cuna... me escuchais bien?

—Os escucho, señor, con toda mi alma, replicó notablemente conmovida.

—Hoy van á revelar á esta muger el secreto de su nacimiento. ¿Que pensais que debe hacer?

—Vive su madre? preguntó María con interés.

—Su madre ha muerto.

María sintió llenar sus ojos de lágrimas.

—¿Y su padre? añadió con voz alterada.

—Su padre no merece ni su respeto ni su ternura. También ha muerto.

—Y qué proponen á esa muger?

—Que deshaga su mal casamiento, que no puede ser lejítimo, porque lo ha contraído ignorando lo que era.

—Y esa muger? que recibirá en cambio del rompimiento de su matrimonio?

—Un asiento al lado de un trono.

—Señor, dijo María levantándose y con voz firme, si esa muger vacilara en permanecer fiel á su marido y pensase en salir de su feliz oscuridad, no mereceria más que el desprecio.

Y como Carlos la mirase con asombro:

—Si, el desprecio! añadió, porque llenaria de desesperacion y de vergüenza la vida del que no vaciló un momento en levantarla hasta él, en partir con ella su fortuna y su nombre cuando no era más que una pobre mendiga sin asilo. No es verdad, monseñor, que esto seria una infamia?

El obispo finjó no oir y pareció absorto con el breviario que no cesaba de ojear.

—Y si se tratase de vos, nada cambiaria vuestro modo de pensar, señora?

—Sé que se trata de mí, señor, vuestras palabras me han explicado claramente las palabras misteriosas de la digna abadesa que me ha recogido y educado. Ellas me dicen porque la santa

muger me prodigaba respetos estraños; ellas me dicen tambien porque me abrazaba tan apretadamente el dia en que la comunidad rogaba á Dios por el reposo del alma de la reina de Escocia, María Estuard.

El príncipe estaba confundido al ver tanto valor y tanta elevacion de pensamiento.

María continuó diciendo.

—Señor, si estais encargado de revelarme el secreto de mi nacimiento, ya lo sé; si venis de parte del rey Jacobo mi hermano, á proponerme un asiento al pié de su trono, agradezco en el alma su piadoso recuerdo, pero no puedo aceptar su ofrecimiento. Quiero vivir y morir siendo la muger del hombre honrado que me ha hecho feliz en tantos años. Ya no existe en Soissons María Estuard: solo queda la muger de Juan Pastelot.

El príncipe Carlos ocultaba con ambas manos su rostro. Por lo que hace al obispo, creíase el juguete de un sueño y se movia convulsivamente en su sillón. El hijo de Jacobo se levantó al fin y se arrodilló delante de María.

—Yo soy el nieto de vuestra madre, dijo, yo soy vuestro sobrino, el príncipe Carlos de Gales! dadme á besar vuestra mano, porque sois una noble y digna criatura! Voy á partir para Londres, y contaré fielmente al rey mi padre todo lo que acabo de oir: yo le suplicaré que llame á su lado á vuestro marido, porque el que ha sabido merecer tan nobles afecciones, no puede ser un hombre vulgar. Mi padre le dará títulos de nobleza y....

—No, dijo María, no, monseñor! Juan Pastelot no es más que un simple ciudadano; la nobleza, los títulos y las grandezas le sentarian mal. Yo le amo, le respeto, le venero; sus menores deseos son órdenes para mí; pero sufriría mucho si le viese entre los grandes señores que se reirian de su honradez y se mofarian de sus maneras francas y naturales. Monseñor, dejadme abrazar una vez, solo una vez, al hijo de mi hermano, y nada tendre que pedir á Dios sino que me reuna un dia con mi madre en el cielo! En el cielo, donde no hay reinas, ni vasallos, señores ni pecheros, si no bien aventurados, iguales delante de la clemencia divina.

Llebad palabras de bendicion y de ternura al rey mi hermano! Decidle que su hermana la humilde muger de un pañero, rogará al Todo poderoso todos los dias por él. Los reyes tienen necesidad de plegarias mas que los otros hombres, no es verdad, monseñor?

—Si, replicó gravemente el joven príncipe, la corona es una carga pesada y frecuentemente fatal. Tal vez obrais con prudencia en alejaros tanto de ella. Adios, señora, voy á contar al rey

mi padre lo que acabo de ver y de oír: su prudencia apreciará la generosa resolución que habeis tomado. Adios, querida tia.

Y la abrazó afectuosamente, y al marcharse, se volvió diciendo:

—Antes que nos separemos, no teneis nada que mandarme?

—Que os acordeis algunas veces de mi.

—Jamás os olvidare, modelo de las esposas y del amor conyugal, Pero ¿y vuestra fortuna?

—Cubre suficientemente nuestras necesidades.

—Cuando querais obtener una gracia del rey mi padre ó de mi, os prometo que la alcanzareis á la primera peticion.

—Gracias, Carlos!... gracias por vuestra generosidad, monseñor.

—Vuestra alteza real me dirá que quiere que se haga de estos títulos, preguntó el obispo presentando los pergaminos al príncipe.

—Entregadlos á mi tia.

—De mi madre! una carta de mi madre! oh! dádme! dádme!

Y leyó la carta sollozando: despues cuando terminó la lectura, dijo:

—Aun me queda un deber que cumplir. Yo guardaré con el mayor cuidado estos cabellos, santa y preciosa reliquia de mi madre; pero respecto á esta fé de bautismo y á esta carta, mirad lo que debo hacer.

Y arrojó los pergaminos en la chimenea, donde fueron devorados por las llamas.

—Y ahora, id con Dios, monseñor el príncipe de Galer.

El príncipe partió y el obispo se quedó solo con María, que oprimia contra sus labios los cabellos de su madre.

—Juan Pastelot, dijo, vá á quedar sorprendido y admirado cuando sepa toda esa maravillosa aventura y vuestro generoso sacrificio.

—Nada sabrá Juan pastelot, replicó ella.

El obispo cojió la mano de María, la llevó respetuosamente á sus labios y la humedeció con una lágrima de admiracion, exclamando:

—Sois la más noble y santa de las mujeres.

Ahora es preciso dejar correr muchos años y trasportarnos al mes de febrero de 1649. María y Juan Pastelot, sentados los dos cerca de una chimenea hablaban dulcemente de tiempos pasados y se sonreian aun á los recuerdos tiernos y sabrosos que evocaban. Al lado de ellos una mujer que parecia contar cuarenta años y una jóven de rara hermosura que tendria á lo mas diez y siete los escuchaban con respetuoso silencio: era aquella la hija y esta la nieta de los esposos

Pastelot, la linda Francisca, ya prometida á Enrique Rapartier, a quien su padre daba en arras una fabrica de paños que producian los más hermosos tejidos de lana que se hacian en Francia. Sentada esta jóven en un cojin á los piés de su abuela, prestaba atento oido á la relacion de las pompas nupciales desplegadas por el obispo de Soissons en las bodas de su protegida, cuando entró un criado á anunciar la llegada de un jóven caballero que desea hablar á la Señora María Pastelot.

Maese Pastelot mandó que entrase y se presentó un jóven de 19 años, vestido de negro, cuyo color de luto convenia perfectamente á su fisionomia palida y aflijida. Aproximóse respetuosamente á la dama nonagenaria, hincó una rodilla en tierra, sacó del pecho una carta sellada de negro y no pudo reprimir sus sollozos. María rompió el sello y respondió con lágrimas á las lágrimas del caballero; este se arrojó en los brazos de la anciana y estuvieron en esta actitud, mientras que los testigos de esta escena inesperada y el mismo Pastelot se miraban sorprendidos.

—Que, exclamó al fin María, los miserables no han respetado á su señor, á su soberano! le han asesinado! Ay! estraña á las cosas de este mundo, ignoraba en el fondo de mi humilde existencia hasta el cautiverio y los peligros de mi sobrino! Carlos! vos que yo he visto tan noble, tan jeneroso habeis perecido bajo el hacha de un verdugo!

—Si, amada tia. Si, al descargar su golpe Isabel contra la reina vuestra madre, enseñó al pueblo inglés como se derriba una cabeza coronada. El pueblo se ha aprovechado de la leccion y ha tratado al nieto como ella trató á la abuela.

Pastelot y sus hijos escuchaban estupefactos aquellas revelaciones del alto origen de María. Pero la pobre mujer estaba demasiado traspasada de dolor para notar su turbacion.

—Ellos le han juzgado, le han condenado y decapitado! En medio de sus sufrimientos y en tanto que, semejante á Cristo, su divino modelo, aproximaba á sus labios el caliz de amargura, se ha acordado de vos, que habeis preferido la felicidad de vuestro marido y una existencia oscura, pero sin agitacion, al brillo seductor, pero fatal de una corona! La carta que teneis en la mano, os la escribió la víspera de su suplicio: un fiel criado la recibió de él arriesgando su vida y me la ha entregado. Leedla mi querida tia! Leed, hija de María Estuard. quiero oir por última vez las palabras del rey mártir.

María leyó con voz trémula:

«Querida y amable hermana de mi padre, en

«a víspera de comparecer delante de Dios, mi soberano juez, quiero daros el ultimotestimonio de mi ternura y de mi memoria. Se que todavía sois de este mundo y que nada ha turbado la vida tranquila y feliz que supisteis elegir, pues respetando vuestro secreto, me he contentado con enviar todos los años á un fiel mensajero que inquiriese y me trajese noticias vuestras. Mi hijo os entregará esta carta dentro de la cual hallareis un bucle de mis cabellos para que los coloquéis al lado de los de vuestra madre asesinada como yo! Y despues consolad á mi hijo! pobre huerfano! Repetidle que quiero que perdone como yo perdono á los que son causade mi muerte. Adios! querida y amada tia, nos veremos en el cielo.

Carlos, rey»

—Ahora que ya he cumplido el deber que me habia confiado mi padre para con vos, querida tia, dadme vuestra bendicion y recibid mi adios de despedida.

—Comol os marchais ya?

—Voy á reconquistar el reino de mi padre.

—Vais á arrojaros en medio de sus asesinos? Os matarán tambien!

—Que me importa ya la vida! El marqués de Ormond, á la cabeza de un poderoso bando, se dispone á combatir al infame Cromwell: mi puesto está allí. Adios.

—Señor! dijo María arrodillándose, mientras que los demás la imitaban instintivamente en torno suyo, señor! ignoro lo que pasa en este mundo y no se más que humillarme delante de vuestros impenetrables designios; pero si la voz de una pobre mujer puede llegar hasta vos, Dios mio, escuchad á la más humilde de vuestras esclavas y protejed á este pobre huerfano!

En seguida se levantó y con una magestad, que no era afectada, puso las manos sobre la frente de Carlos II, hizo la señal de la cruz y dijo:

—Id ahora, señor, y que Vuestra Magestad llene su deber.

El monarca proscrito iba á retirarse cuando Juan Pastelot se acercó á él respetuosamente.

—Señor, le dijo, yo no soy rico, pero aqui tenéis á mi hija que vá á casarse honradamente. Si os dignais permitirme que os ofrezca para ayudar á vuestros nobles proyecto trescientas mil libras....

—Oh! haceis bien, Juan, esa conducta noble merece mi aprobacion, exclamó María.

—Señor, añadió la madre de Francisca, yo participo de los sentimiento de mi padre y sacrificaremos con alegría hasta nuestro último escu-

do para servir vuestra causa; si tubiese un hijo su vida os perteneceria.

—Oh! exclamó Carlos II, una sangre real no se desmiente jamás: vosotros todos sois nobles y generosos Estuardos. Gracias, gracias! porque acabais de derramar un bálsamo de consuelo sobre mi lacerado corazon.... No necesito aceptar vuestros generosos ofrecimientos; el rey de Francia ha puesto á mi disposicion sumas considerable. Adios, todos, adios! Rogad por el rey Carlos. Y se alejó.

Entonces el viejo Pastelot se acercó á María y apretando sus dos manos entre las suyas, dijo:

—Me habias ocultado tu secreto, María! No has querido abandonar al humide pañero para ir á sentarte al lado del rey tu hermano!

—El pañero no se casó conmigo siendo yo una pobre, huérfana, sin nombre, echada del palacio episcopal?

—Pero al menos porque no me has dicho el inmenso sacrificio que hacias por mí?

—Por qué el pensamiento de este sacrificio, que no era nada para mi, hubiera turbado tu felicidad; porque hubieras creído que yo echaba de menos un rango en el cual no pensaba.

En seguida interrumpiéndose de pronto añadió:

—Vamos, hijos míos, vamos á la cocina. Ya es tiempo de que pensemos en hacer la torta de boda. A pesar de mis ochenta años, quiero amasarla con mis propias manos.

E. B.

FIN.

LA GALLINA Y SUS POLLUELOS.

Un honrado jóven y pobre zapatero vivia con una hija de pocos años en lo último del barrio de Chamberí es decir, casi en el campo.

Gertrudis, que así se llamaba la hija del zapatero, no habia frecuentado las escuelas, ignoraba todo cuanto enseñan los maestros, todo cuanto se aprende con el trato de las gentes; pero en cambio hablaba poco, y fijaba su atencion en cosas que para muchos pasan inadvertidas, y eso que instruyen mas que los libros.

Hija y padre tenian por comensal á una gallina que andaba picoteando las migas y los cabos que hallaba por el suelo. Sucedió que la tal gallina puso un huevo en la cesta que la servia de lecho, y estuvo allí quieta.... Notólo el zapatero, ¿y qué hizo? añadir catorce huevos al que habia dentro de la cesta.

—Padre, dijo la chiquilla: ¿si estará enferma la gallina?

—Enferma, no, por cierto, respondió el interrogado; pero está clueca.

—Y eso, ¿qué quiere decir, señor padre?

—Quiere decir que dentro de tres semanas, Dios mediante, habrá mas vecinos en casa. ¿Ves ahora estos quince huevos? pues dentro de cada uno se ha de formar un pollo muy cuco: la gallina será la madre de todos ellos.

Gertrudis no sabia qué decir ni qué pensar: por una parte daba fé á las palabras de su padre, que ni en chanza mentía; por otra, parecíanle increíbles y decía-se: ¿Cómo ha de vivir un pollo dentro de un huevo? ¿Cómo ha de salir de un encierro, que no tiene puerta ni rendija? Y si no sale, ¿qué ha de comer el pobre animalito? ¿Cómo ha de vivir sin aire, sin luz, sin alimento y sin espacio en que moverse?

Pasaron las tres semanas sin que la gallina dejara enfriar los huevos; pasábase los días y las noches acostada en la cesta; sólo cuando el hambre la obligaba salía de su cama, sacudía las alas, como esperezándose... estiraba una y otra pata, comía de prisa y corriendo, y volvía-se á su nido y al amor de sus huevos.

Una mañana reparó Gertrudis que la clueca se ahuecaba, y de vez en cuando removía con el pico uno de los huevos, que por más señas tenía una picadura ó agujerito muy pequeño; picoteábale con precaucion, y así estuvo afanándose hasta que por fin logró abrirle. Oyóse un pio, pio, y cádate que salió á relucir un pollo tamaño como un jilguero y amarillito como un canario. Esforzábale para tenerse derecho sobre sus débiles patitas, pero el pobre se tambaleaba.

La gallina le saludó con un cocleo tan suave como el arrullo de una madre, metió al recién nacido debajo de sus alas, y despues continuó su faena, y poquito á poco fué sacando á cada pollo de su cascaron... los quince salieron á luz, y toditos cupieron bajo las alas de su cariñosa madre, que procuraba ensancharlas á fin de abrigharlos á todos por igual.

Llegó la hora de comer: Gertrudis arrojó por el suelo un puñadito de trigo; la gallina se levantó y los pollos comenzaron á rebullir y á piar saltando como pajarillos, mientras su madre repetía cloc, cloc, poniéndoles á la vista los granitos más menudos, como si los invitara y dijera: «Comed, hijitos, comed;» y ellos, sin hacerse mucho de rogar, comieron imitando el ejemplo de su madre.

Gertrudis no se cansaba de mirarlos, ¡eran tan monos! ¡tan pequeñuelos y vivarachos!

Para zaherir á los hombres cobardes, se los llama gallinas; pero estas aves, de suyo tan medrosas y espantadizas, se forman valientes, y casi, casi temibles cuando salen á la defensa de sus hijos: pobre del gato si le hubiera ocurrido el mal pensamiento de merendarse alguno. ¡Capaz hubiera sido la gallina de sacarle los ojos!

A los pocos días, la madre y los hijos andaban por el campo en busca de granos y hojas verdes, y era de ver con qué ligereza escarbaban la tierra, y con qué gusto se las engullian sin hacer ascos á tan buen manjar.

Por cuanto no fué la madre á tropesar con un hormiguero, y al ver la caza, comenzó á coclear llamando á los polluelos como si les dijera: «Venid, hijos, venid, aquí hay pasto abundante y sabroso.» Los pequeñuelos acudieron muy listos y comenzaron á regalarse á costa de las pobres hormigas, que no sabían donde meterse para librarse de aquellos glotoncillos.

En esto comenzó á llover, y la gallina fué á guarecerse debajo de un árbol repitiendo su consabido cloc, cloc; al oírle nuestros chiquitines corrieron á meterse bajo las alas de su madre...

Cuando cesó la lluvia salieron todos ellos tan enjutos y tan campantes, mientras que la buena de la madre sacudía sus mojadas plumas á fin de secarlas.

De improviso lanzó un grito de alarma, y los pollos corrieron azorados á esconderos cada cual donde pudo, ya entre unos maderos, ya debajo de unas piedras, ya en el hueco de un árbol, ya entre los surcos de la tierra.

Gertrudis no supo á qué atribuir aquella dispersion, semejante de la que debe producir el grito de: «Sálvese el que pueda;» pero trató de inquirir la causa, y adivinóla fácilmente al ver que la gallina torcía el pescueso mirando con ojo avizor hacia el espacio, en el que se cernía un ave negruzca que, al parecer, manifestaba sus deseos de merendarse unos pollitos crudos. Subía y bajaba y torcía el vuelo como acechando la presa, pero la presa tenía muy buen cuidado de hacerse la invisible.

La vigilante repetía de vez en cuando su grito de alarma, como quien dice: «¡Cuidado! que andan moros por la costa.

Por último, el ave rapaz cansóse de dar vueltas y danzár en el espacio, y fué-se lejos de allí á buscar una presa menos cauta. La gallina entonó gozosamente un cacareo á guisa de llamada, y cada pollo salió de su escondite.

—Vamos, exclamó Gertrudis en alta voz, no me cabe la menor duda de que los animalitos hablan y se comprenden los unos á los otros lo mismo que las personas.

Oyó la exclamacion un señor Cura que pasaba, y, acercándose á la niña le dijo:

—No vas errada en lo que dices respecto á que los animales han recibido, cada cual en su clase, una voz, que les otorgó el Soberano Criador, á fin de que pudieran entre sí comprenderse y ayudarse recíprocamente.

En eso, como en otras muchas cosas, los irracionales dan ejemplo á los humanos.

El dón de la palabra, ese dón preciosísimo que otorgó Dios al hombre y á la muger para que pudieran explicar su pensamiento, ha venido á ser por el abuso, el medio de que se valen para ocultarle y engañarse los unos á los otros.

Los irracionales aprovechan el medio que tienen para comunicarse con los de su especie; los hombres, á fuerza de tanto hablar, acaban por no entenderse.

¡Plugiése al cielo que los seres dotados de razon hiciéramos de ella un uso tan prudente como el que de su instinto hemos visto hacer á la gallina y sus polluelos!

MICAELA DE SILVA.

Granada:—Imprenta de La Madre de Familia.